



**ALEJO J.
SISON**

**FILOSOFÍA DE LA ECONOMÍA
II. EL ÁMBITO AUSTRO-GERMÁNICO**

C U A D E R N O S

EMPRESA Y HUMANISMO

I N S T I T U T O

49

INDICE

I. FILOSOFIA DEL ESPIRITU Y CIENCIAS DEL ESPIRITU, CIENCIAS CULTURALES Y CIENCIAS SOCIALES

II. EL METHODENSTREIT: GUSTAV VON SCHMOLLER VERSUS CARL Menger.

1. La Escuela Histórica Alemana de la Economía hasta el Methodenstreit.
2. Las cuestiones disputadas en el Methodenstreit.
3. Carl Menger: del Methodenstreit al marginalismo.

III. DESARROLLOS Y SÍNTESIS.

1. Ludwig von Mises y Friedrich Augustus von Hayek.
2. La "Economía Social del Mercado" (Soziale Marktwirtschaft).
3. La "Economía Ética" (Ethischen Ökonomie) de Peter Koslowski.

CONCLUSIÓN: LA ECONOMÍA COMO CIENCIA SOCIAL.

BIBLIOGRAFIA

NOTA BIOGRAFICA

I. FILOSOFÍA DEL ESPÍRITU Y CIENCIAS DEL ESPÍRITU, CIENCIAS CULTURALES Y CIENCIAS SOCIALES

Un acercamiento exclusivamente metodológico a la Filosofía de la Economía -característico de la tradición anglo-americana- ha revelado unas cuantas deficiencias fundamentales que la tornan improseguible. Hay todo un conjunto de autores que, sin llegar a consumir un cisma con el amplio espectro de la “escuela económica establecida”, no obstante, sí que propugnan unas doctrinas que podrían calificarse, como mínimo, de “heréticas”. Incluimos en esta lista a economistas como Thorstein Veblen, Frank Knight o Gunnar Myrdal. Veblen se rebela contra el individualismo metodológico acríticamente aceptado en la ciencia económica y en su lugar propone -en cuanto fundador del “Institucionalismo”- una visión más “holista”; es decir, una consideración del “fenómeno económico” como comportamiento humano, comprensible sólo a partir de su contexto social peculiar. Knight lucha contra los determinismos físicos e ideológicos operantes en las concepciones vigentes de la actividad económica y reivindica un espacio para la libertad individual, creadora de valores. Myrdal denuncia la falsedad de la aparente “neutralidad” u “objetividad” del saber

económico y aboga por la admisión o el reconocimiento explícito, en toda circunstancia, de su vinculación con una postura política determinada. Estas voces discordantes parecen exigir la restitución de un rasgo importantísimo de la ciencia económica, su carácter de una disciplina humana, social, moral, cultural, política e histórica. Precisamente estas notas forman la clave en la cual siempre se ha cultivado el saber económico en el ámbito austro-germánico.

Un acceso directo al problema de la Filosofía de la Economía en el contexto austro-germánico en cuanto reflexión sobre la Economía como “Ciencia Social” sería el estudio del *Methodenstreit* (“conflicto de métodos”). Este singular debate se libró particularmente entre Gustav von Schmoller, representante de la Escuela Histórica Alemana, por un lado, y Carl Menger, de la Escuela Austríaca, por otro. Mas nos parece conveniente indagar antes sobre el *Begriffsgeschichte* de la misma “ciencia social”, que al ser poco confuso puede ser origen, a su vez, de otras equivocaciones. Nos moveremos preferentemente dentro de la tradición alemana, eludiendo las peculiares dificultades de las *Sciences Morales, Politiques et Sociales* francesas, por una parte, y las de la *Moral Philosophy* (integrada por la ética, la

economía y la política) escocesa y británica, por otra.

Los antecedentes remotos de la noción de una "ciencia social" por contraposición a la de una "ciencia natural o física" podrían situarse en la separación neta que estableció Kant entre la esfera de la libertad y la esfera de la naturaleza, como los objetos respectivos de aquéllas. Ya en la "Crítica de la Razón Pura" el filósofo de Königsberg esboza su noción de la libertad trascendental que reclama para sí un reino independiente de toda causalidad natural, física biológica, psicológica e incluso "sociológica": es exactamente el campo de la moral, del derecho y de la religión "puras". En la "Crítica de la Razón Práctica" así como en la "Metafísica de las Costumbres" explica un concepto más acabado de la libertad como "autonomía de la voluntad", reconociendo explícitamente su inspiración rusioniana (el filósofo ginebrino concibe la libertad en "El Contrato Social" como la obediencia a la ley autoimpuesta). La "ciencia social" kantiana es, por tanto, una "lógica de la libertad"; es el saber que regula aquellas actividades en las que el hombre se muestra propiamente como el ser libre y racional que es, con independencia de su condición material y hasta de sus determinaciones histórico-culturales (en cuanto que

éstas no son fruto de su querer absoluto). Es todo lo contrario a la "ciencia natural" o "lógica de la necesidad", donde el hombre se comporta como un objeto material, sujeto a las fuerzas físicas, a sus impulsos psicológicos y a las costumbres ciudadanas prevalentes.

Hegel contribuye a la formación del concepto de "ciencia social" mediante su exposición sobre el "Espíritu Objetivo". Este representa el término medio entre el "Espíritu Subjetivo" (la Naturaleza) y el "Espíritu Absoluto" (el ámbito del arte, de la religión y de la filosofía) por donde pasa la Razón en la conquista dialéctica de su autoconciencia plena. En la medida en que, según el sistema hegeliano, toda ciencia culmina en y propiamente es filosofía, cabría hablar ahora de una "Filosofía del Espíritu".

Los lugares donde encontramos la doctrina hegeliana acerca del "Espíritu Objetivo" son en algunos párrafos de la "Enciclopedia", en los apuntes sobre la "Filosofía de la Historia" publicados póstumamente, en algún capítulo de la "Fenomenología del Espíritu" que resume el contenido del anterior, y en la "Filosofía del Derecho", que representa su formulación más madura. El "Espíritu Objetivo" pasa por tres momentos: el del derecho (Recht), el de la moralidad (Moralität) y el de la eticidad

(Sittlichkeit). En la esfera del derecho, el hombre se muestra como persona, es decir, como sujeto de derechos y deberes, en contraste con las cosas naturales que no exhiben ni los unos ni los otros. En virtud de su ser persona, el hombre es capaz de adquirir propiedades, de entrar en contratos con otras personas y de ser sujeto pasivo de castigo, en caso de que no respete dichas propiedades o contratos. En la esfera de la moralidad, el hombre se comporta no ya como una persona legal y abstracta, sino como un sujeto dotado de conciencia, capacidad decisoria e intenciones individuales. Se pone mayor énfasis en los deberes particulares que en los derechos surgidos de la voluntad universal. Por último, en la esfera de la eticidad, la conciencia individual encuentra su plenificación al insertarse en el “espíritu del pueblo” (Volksgeist). La eticidad a su vez progresa mediante tres fases: la de la familia, la de la sociedad civil y la del Estado. La familia representa una unión puramente sentimental; mientras que la sociedad civil, una unión de intereses puramente individuales como la satisfacción de las necesidades básicas y la garantía del bienestar de los ciudadanos. Sólo al final adviene el Estado, como la sustancia ética por excelencia, donde se reconcilian la Razón abstracta y universal con la Voluntad concreta e individual, los sentimientos fami-

liares con los intereses societales, la necesidad de la ley con la libertad de la conciencia: es la encarnación de Dios en el mundo; y por eso, la filosofía social hegeliana puede llamarse con propiedad una “teodicea del Estado”.

En los escritos hegelianos acerca del “Espíritu Objetivo” hallamos referencias profusas a fenómenos y actividades económicas — por ejemplo, reflexiones sobre el derecho a la propiedad, la libertad de los contratos, la composición de la sociedad en los estamentos (Stände) agrario, burgués y el funcionariado, el ideal de la libre acción empresarial, etc.— pero siempre están hechas desde el punto de vista político. Aunque Hegel sea un buen conocedor de las doctrinas de la economía política británica (en particular, de las de James Steuart y de Adam Smith), no podríamos afirmar que tuviera propiamente una “ciencia económica” alguna. Al menos, nunca la ha cultivado como una “ciencia autónoma”, al margen, no sólo de la política y del derecho, sino también de la filosofía y de la historia como “saber absoluto y universal”. Para Hegel no hay verdadera ciencia que no sea “universal y absoluta”, es decir, “filosófica”; y por tanto, la “filosofía del Espíritu Objetivo” -el correlato de la “ciencia social”, objeto de nuestra indagación- no puede ser sino una mera fase dialéctica entre

el “Espíritu Subjetivo” que se manifiesta en la Naturaleza (y su correspondiente “ciencia natural”) y el “Espíritu Absoluto” que se revela consumadamente en la Filosofía.

Las implicaciones de las enseñanzas hegelianas para lo que ahora denominamos las “ciencias sociales” han sido recogidas y desarrolladas por la corriente historicista alemana, sobre todo, por Wilhelm Dilthey. Los personajes de este movimiento, como Wilhelm Windelband y Heinrich Rickert, además de su iniciador, el propio Dilthey, son todos contemporáneos de los protagonistas del *Methodenstreit*, von Schmoller y Menger. Este hecho convierte a los doctrinas historicistas en algo especialmente significativo para el tema que estamos intentando esclarecer, a saber, la concepción de la economía como ciencia social en la tradición austríaco-alemana.

El historicismo comienza con la separación entre la historia y la naturaleza como objetos de tipos de conocimiento específicos. (Aquí se reconoce deudor tanto del kantismo como del hegelianismo.) El conocimiento histórico -prototipo de la “ciencia social”- mira la individualidad de los productos de la cultura humana, como los mitos, las leyes, las costumbres, las obras de arte, los valores, las filosofías, etc. El conocimiento natural, por otra parte, se fija en

el carácter uniforme y repetible de los fenómenos físicos. Los métodos propios de cada uno son, para el conocimiento histórico, la comprensión (*verstehen*), y para el conocimiento natural, la explicación (*erklären*).

Dilthey expone su peculiar noción de las “ciencias del espíritu” (*Geisteswissenschaften*) en la obra “Introducción a las Ciencias del Espíritu”, fechada en el 1883. Al principio, realiza una crítica contra la filosofía de la historia hegeliana, la cual acusa de haber reducido el mundo histórico-humano a mera naturaleza con su esquema causal determinista. Reivindica la separación tajante entre las “ciencias de la naturaleza” y las “ciencias del espíritu” en virtud de su objeto, método y categorías de juicio. Las “ciencias de la naturaleza” tienen por objeto los fenómenos exteriores al hombre; las “ciencias del espíritu”, el mundo de las relaciones entre individuos, los sistemas culturales y sociales históricos. Las “ciencias de la naturaleza” siguen el método de la observación externa; las “ciencias del espíritu”, la observación interna o conciencia inmediata completada por la reconstrucción interior o re-vivencia de los fenómenos. Las “ciencias de la naturaleza” enjuician su objeto según la categoría de la causalidad; las “ciencias del espíritu”, según la categoría de

valor, finalidad y significado. Las “ciencias del espíritu” siempre llevan aneja su propia teoría de los valores o axiología.

La modificación que introduce Windelband en “Historia y Ciencia Natural” (1894) al pensamiento de Dilthey está en establecer la distinción entre la ciencias exclusivamente en razón de su método. Las “ciencias nomotéticas” tratan de determinar las leyes generales que expresan las regularidades propias de los fenómenos; mientras que las “ciencias idiográficas” centran su atención en el fenómeno singular, procurando comprender su especificidad e individualidad. Ambos métodos según Windelband pueden aplicarse al estudio de un mismo objeto. Rickert en “Los límites de la formación de los conceptos científicos” (1896-1902) sigue a Windelband en su distinción de las ciencias y abunda en la importancia de los “valores culturales” (Kulturwerte) como objeto propio de la ciencia histórica-idiográfica. Sólo por referencia a valores culturales singulares se pueden comprender los fenómenos históricos y humanos.

Como no nos interesa conocer los antecedentes históricos del *Methodenstreit* por un supuesto valor que tengan en sí mismos, sino en cuanto que nos puedan facilitar la comprensión de los términos del dicho conflicto,

acudamos ahora a un autor cronológicamente posterior pero cuyo planteamiento de las “ciencias sociales” resulta muy esclarecedor: Max Weber. Weber recibió una amplia formación en las denominadas “ciencias del Estado” (Staatswissenschaften) como el derecho, la economía, la historia y la filosofía en las universidades de Heidelberg y Estrasburgo. En el campo de la economía, era un alumno directo de Gustav von Schmoller, el abanderado de la nueva generación de la Escuela Histórica. Al formular, más tarde, su propio pensamiento en esta materia, reivindicaría la autonomía de la ciencia económica con respecto a entidades cuasi-metafísicas como el hipotético “espíritu del pueblo” (Volksgeist). Aquí se enfrenta no sólo a las doctrinas de Roscher, Knies y Hildebrandt de la antigua Escuela Histórica, sino también a la cosificación diltheyana del “Espíritu Objetivo” de Hegel. Recoge la distinción establecida por Windelband entre el método generalizante de las “ciencias nomotéticas” y el método individualizante de las “ciencias idiográficas”; así como la propuesta de Rickert de un “politeísmo de los valores”.

Muchas de las obras de Weber han sido reunidas, organizadas y publicadas después de su muerte. Las más destacables para nuestros pro-

ósitos son: “La cognoscitiva de la ciencia social y de la política social” (1904), “Estudios críticos alrededor de la lógica de las ciencias sociales” (1906) y “El significado de la objetividad de las ciencias sociales y económicas” (1917). Estos escritos le han ganado a Weber la fama, sobre todo, de ser un “metodólogo” — en el sentido de la “teoría de la ciencia” (Wissenschaftslehre)- de las ciencias sociales. ¿Cuáles son los saberes que constituyen las “ciencias sociales” (Sozialwissenschaften)? Además del derecho, la economía, la filosofía y la historia —la política para él parece tener una acepción eminentemente práctica— habría que incluir la sociología. Las “ciencias sociales” buscan la comprensión de las realidades externas al hombre, pertenecientes al mundo material, a la luz de su sentido, propio del ámbito cultural. La comprensión en realidad hace de puente entre el mundo natural de realidades materiales y el mundo cultural de realidades espirituales. La historia y la sociología representan, sencillamente, grados diferentes de abstracción del sentido: la historia se fija en el sentido de la acción particular, mientras que la sociología estudia el sentido construido científicamente mediante “tipos ideales” o promedios. Las “ciencias sociales” son “objetivas”: proporcionan un conocimiento sobre la realidad efectiva (Wirklichkeitwissenschaft) en

términos de lo que sucede por lo general y según causas adecuadas; aunque este conocimiento de fenómenos vitales sólo sea disponible a la luz de valores culturales asumidos. Los valores culturales particulares, por su parte, se sitúan más allá de la ciencia, casi como presupuesto —al menos epistemológico— suyo.

Tras haber hecho las precisiones léxicas necesarias entre la “Filosofía del Espíritu”, las “Ciencias del Espíritu” y las “Ciencias (Histórico-)Sociales” procedemos ahora a su aplicación peculiar a la ciencia económica mediante el estudio del *Methodenstreit*.

II. EL METHODENSTREIT: GUSTAV VON SCHMOLLER VERSUS CARL Menger

El *Methodenstreit* (“conflicto de métodos”) es un debate histórico bien delimitado sobre el modo apropiado de cultivar la ciencia económica. Se inicia con la publicación de los *Untersuchungen über die Methode der Sozialwissenschaften und der Politischen Ökonomie insbesondere* (“Problemas sobre el método de la ciencia social y de la economía política en particular” o simplemente, “Problemas de la Economía y la Sociología”) por Carl Menger en 1883, como crítica a Wilhelm Roscher, repre-

sentante de la “vieja” Escuela Histórica Alemana de la Economía. Sin embargo, el que se encarga de responder a Menger por parte de la Escuela es Gustav von Schmoller, que lo hace por medio del *Jahrbuch für Gesetzgebung* (Anuario de la legislación). La contrarréplica de Menger no se hace esperar con *Die Irrthümer des Historismus in der deutschen Nationalökonomie* (“Las falacias del historicismo en la economía política alemana”) fechada en 1884. Posteriormente, parece como si tanto el uno como el otro autor se alejaron de este tema, dedicándose Menger a escribir sobre la economía monetaria, y von Schmoller, a la preparación de su monumental *Grundriss der allgemeine Volkswirtschaftslehre* (“Esquemas para una economía política general”) del 1900 al 1904. Mas aquel intercambio de opiniones ha sido suficiente para plantear, en líneas generales, una controversia que hoy en día aún se ha quedado sin resolver, a pesar de los múltiples intentos de superación o de síntesis de posturas.

El tratamiento que vamos a dispensar al *Methodenstreit* se singulariza por la atención, más que a los puntos conflictivos, a los comunes entre von Schmoller y Menger. De esa manera pretendemos justificar su adscripción a la misma “tradición” económica, diferente y

hasta “extraña”, por lo menos al principio, de la otra “tradición” anglo-americana y predominantemente neoclásica.

1. La Escuela Histórica Alemana de la Economía hasta el Methodenstreit

La Escuela Histórica Alemana, tanto en su capítulo jurídico (Savigny) como en el económico, es deudora del idealismo kantiano, por su fe en la ciencia y en el progreso, y del romanticismo hegeliano, por su noción de la historia como “Espíritu Objetivo”. Los fenómenos humanos sólo podrían comprenderse en el contexto de sus condicionamientos históricos; y es a estos rasgos únicos e irrepetibles de la realidad histórica que la ciencia, puramente descriptiva, debe prestar una atención especial. Queda vedado todo esfuerzo especulativo por elaborar una teoría general que explique la dependencia de unos factores de otros, limitándose el investigador únicamente a realizar estudios monográficos sobre fenómenos puntuales. De este modo se ensaya en el continente -en las islas británicas, ya lo ha hecho David Hume- la aplicación del método histórico a la economía política. La ciencia económica no es una disciplina independiente que versa sobre la producción de riqueza sola-

mente; en cuanto saber político, su verdadera naturaleza se revela en su conexión con las otras fuerzas -la ley, el estado, la cultura, etc.- que actúan sobre los fenómenos económicos.

Se suele distinguir entre la “vieja” Escuela Histórica Alemana de los 1840 en adelante, con Karl Knies, Bruno Hildebrandt y Wilhelm Roscher, y la “joven” Escuela, activa a partir de los 1880. La “joven” Escuela, a su vez, tiene dos ramas: una conservadora, representada por Adolf Wagner, y otra liberal, con Gustav von Schmoller en la frente. Mientras que la rama conservadora carecía de ambición científica y era teóricamente estéril, la rama liberal procuraba superar la desconfianza hacia la teoría y desarrollar propuestas que cubrieran la totalidad de los fenómenos económicos. Lógicamente es con esta segunda con la que vamos a tratar.

Gustav von Schmoller nació en Württemberg en 1838 y estudió en la Universidad de Tübingen, graduándose en 1860. Ejerció como profesor de Ciencias Políticas y de Economía Política desde el 1864 hasta el 1913 en varias ciudades alemanas: Halle, Estrasburgo y Berlín. Mientras tanto, fundó una especie de partido político, *Verein für Sozialpolitik* (“Unión para la política social”) y se alió con los *Kathedersozialisten* (“socialistas de

cátedra”), un grupo de profesores reformistas. Murió en 1917.

Durante una primera época denominada “iconoclasta” se dedicaba a combatir -en consonancia con el método histórico-fisiológico de Roscher- un supuesto tratamiento “científico” de la vida económica, optando por realizar una pura narrativa, descripción o recogida de datos estadísticos sobre la misma. Estudiaba el desarrollo de instituciones, empresas, gremios y oficios específicos, así como las políticas económicas de estados y la composición y evolución de ciudades particulares, todo ello sin perder de vista su singularidad histórica, política y psicológica. La ciencia económica es un saber que no puede desligarse del lugar, del tiempo o de la idiosincrasia nacional, el fundamento de los cuales hemos de indagar, no aisladamente sino en la historia. Así descubrió, por ejemplo, en contra del sentir común del pensamiento *laissez faire* inglés, una multiplicidad de consideraciones éticas tales como la libertad del pensamiento y el imperativo categórico kantiano, aparte del interés propio o el afán de lucro, que motivan la acción económica de los individuos. Pensó que el relato bien documentado de una serie de fenómenos culturales del pasado tendría, con respecto al futuro, la misma fuerza o “validez” como la de

cualquier ley física para los fenómenos naturales.

La segunda época en el pensamiento de Schmoller está caracterizada por su desvinculación del “optimismo” histórico tan metido en el pensamiento hegeliano, es decir, la convicción pseudo-científica de que la cultura progresa y mejora indefinidamente. Ya no es tan tajante a la hora de negar la existencia de una verdad universal y necesaria, como tampoco la importancia de las generalizaciones empíricas. De hecho, su inspiración metodológica principal bien podría ser la baconiana, que consiste en descripciones meticulosas y generalizaciones a partir de una enumeración exhaustiva.

2. Las cuestiones disputadas en el Methodenstreit

El objeto principal de la controversia era el estatuto que había que concederle al saber económico: si era una ciencia social y humana, asimilable a las ciencias históricas y culturales (Schmoller) o si era una ciencia natural y autónoma, independiente de los cambios de lugar y tiempo (Menger). De camino, se preguntaba por las relaciones de la historia, de la política, de la estadística y de la administración pública o gobierno con la ciencia económica.

Mientras que Schmoller abogaba por el método inductivo, estudiando realidades empíricas, históricas y concretas para luego derivar de ellas unas generalizaciones, Menger proponía para la ciencia económica la deducción de conclusiones a partir de unos principios axiomáticos abstractos. Schmoller insiste en la relevancia de “los campos afines de investigación” (Nachbargebiete) como la historia, la política y la estadística para la ciencia económica; Menger, por su parte, no se preocupaba tanto de ellas cuanto de una teoría universal, pues sin ésta cualquier relato histórico sería, según él, inútil. Schmoller pensaba que la unidad de análisis económico era la totalidad (Gesamtheit), la sociedad o el estado nacional; Menger, el individuo aislado - una especie de Robinson Crusoe- libre de todo vínculo real. Por poner el énfasis en lo propio y singular de las economías nacionales, Schmoller había sido tachado de “colectivista”; y Menger, de “individualistacosmopolita”, por acentuar más los rasgos esenciales y universales del ser humano al margen de su grupo.

Sin embargo, ambos planteamientos no son en absoluto tan contrarios como inicialmente podrían parecer. Desde luego, no son contradictorios y los dos podrían darse, al menos en sucesión. La inducción a partir de realidades

empíricas no es incompatible con la deducción desde unos principios abstractos: sólo es cuestión de prioridad en el tiempo. Como tampoco es incompatible el prestar atención a lo accidental, a los detalles singulares y contingentes de la realidad histórica, con tener en la cabeza lo esencial del fenómeno, lo que se viste de carácter universal y necesario. En cierto sentido ya lo había previsto Schmoller cuando en respuesta a las críticas de Menger decía que el modelo que éste presentaba sería aceptable en el "futuro", en un estado de desarrollo posterior de la ciencia económica, pero no entonces, cuando esta disciplina aún se hallaba en ciernes. Era necesario pasar por aquella fase de estudios meticulosos y conclusiones parciales para luego llegar a los primeros principios de esta ciencia y poder realizar deducciones rigurosas. Weber, que no sólo era alumno de Schmoller sino también un gran amigo suyo (había organizado incluso una reunión científica en su honor), y a pesar de ello, un "individualista" confeso en lo metodológico (o sea, partidario de Menger), expresó bastante bien la resolución de este conflicto cuando dijo que la economía era una "ciencia social todavía por terminar". Schmoller empezó bien, aunque le faltó tiempo, para llegar al lugar desde donde Menger había partido; en una consideración puramente

atemporal, Menger estaba en lo cierto, por lo que al método científico se refiere, pero históricamente necesitaba de los estudios previos de Schmoller.

La ciencia económica necesita de una parte empírica e inductiva, en la que examina los fenómenos económicos integrados funcionalmente en la realidad histórica con las otras dimensiones psicológicas, políticas y culturales, etc. Pero tampoco puede renunciar a otra parte abstracta y deductiva que tenga como punto de mira el comportamiento "natural" del ser humano.

3. Carl Menger: del Methodenstreit al marginalismo

Carl Menger inició su andadura en la ciencia económica de la mano de la Escuela Histórica Alemana. La más temprana de sus obras importantes, los *Grundsätze* ("Principios") en su edición original de 1871 estaba dedicada concretamente a Roscher, como reconocimiento explícito de la deuda que había contraído con dicha Escuela. Las escasas referencias metodológicas se encuentran en el prefacio, donde afirmaba que la ciencia económica era una ciencia empírica: analiza los fenómenos complejos, reduciéndolos a los ele-

mentos constituyentes más simples, para luego recomponerlos de acuerdo con sus leyes propias de desarrollo. Fue en 1875 cuando Menger tuvo un cambio de opinión y se rebeló contra el dogmatismo y el “imperialismo metodológico” de los economistas históricos. Como fruto de aquella disensión, empuñó la pluma para escribir los *Untersuchungen* (“Problemas de la Economía y la Sociología”) y *Die Irrthümer* (“Las falacias del historicismo”) dirigidos contra la Escuela Histórica establecida en el ya famoso *Methodenstreit*. La mayor parte de las enseñanzas metodológicas de Menger, por tanto, nos llegan en clave crítica por medio de estos dos escritos.

Tanto los *Untersuchungen* como *Die Irrthümer* recogen la tradición alemana de las *Wissenschaften* como cualquier cuerpo o sistema de conocimientos accesible al público sobre una materia. Hay una trifurcación de las *Wissenschaften* en la historia y la estadística, la teoría, y las ciencias prácticas o artes. La historia y la estadística estudian los fenómenos individuales y concretos así como sus relaciones; la teoría, los *Wesen* (“tipos” o “formas generales”) subyacentes a los fenómenos y sus *Gesetze* (“leyes”); y las ciencias prácticas o artes, el modo de alcanzar un objetivo previamente fijado. Aunque la política económica y

las finanzas públicas pertenecen al ámbito de las ciencias prácticas o artes, la ciencia de la economía política como tal pertenece propiamente al ámbito de la teoría. La teoría, a su vez, se subdivide en las ciencias realistas y empíricas y en las ciencias exactas. Las conclusiones de las ciencias realistas y empíricas permiten predecir resultados que son probables solamente; es decir, admiten excepciones, máxime cuando se refieran a las acciones humanas libres. En cambio, las ciencias exactas, a partir de unos axiomas, derivan conclusiones ciertas e invariables: ni los axiomas ni las conclusiones son empíricamente contrastables, no por defecto alguno suyo, sino por la inadecuación e irrelevancia de la verificación empírica con respecto a ellos. Podríamos decir que el método propuesto por Menger para las ciencias exactas -el mismo que para la ciencia económica- es, en realidad, el método resolutivo-compositivo prefigurado ya en los *Grundsätze*.

Después del *Methodenstreit* ya quedan suficientemente perfilados los rasgos principales de la ciencia económica de Menger: ante todo, el individualismo metodológico que presupone la posible reducción de los fenómenos más complicados en elementos simples y no empíricos; la identificación de “formas” o

“tipos” cualitativos y esenciales de entre esos elementos simples; y la no-absolutización de la historia, en la medida en que dichas “formas” o “tipos” así como las relaciones entre ellas la trascienden. Menger nunca pone en duda la validez ni de los estudios históricos ni del método histórico; sólo lucha contra el “inductivismo ingenuo” de que verdades atemporales vayan a aparecer únicamente por el hecho de almacenar innumerables monografías históricas. De este modo también se opone a la importancia desorbitada que se concedía a los estudios sobre fenómenos histórico-económicos en Alemania.

Temáticamente, entre las contribuciones más importantes de Menger está su teoría “subjetiva” del valor; es decir, un relato según el cual la “utilidad” de los bienes económicos no depende de los objetos ni del trabajo que se hayan empleado para su producción sino de su capacidad para satisfacer las necesidades (Bedürfnisse) humanas. Lo podemos encontrar en la *Lehre von den Bedürfnissen* (“Teoría de las necesidades”), un anexo a la edición póstuma de los *Grundsätze* de 1923, a cargo de su hijo, el también economista Carl Menger junior. La ciencia económica mengeriana es primordialmente una “lógica de necesidades”. La naturaleza humana se considera esencial-

mente como una haz de necesidades; y en éstas -como en su causa- se basan todas las actividades humanas en general, y la actividad económica individual en particular. Así, la teoría de las necesidades cumple con el papel de puente que une las “ciencias naturales” con las “ciencias del espíritu”. Las necesidades son “naturales” en el sentido de espontáneas, más su encauzamiento y satisfacción corre a cargo de la razón deliberativa.

A pesar de que haya habido autores que opinan que la fundación de una “Escuela Austríaca de Economía” -al igual que el comienzo de una “revolución marginalista”, como luego veremos- no es más que una racionalización *ex post facto*, está claro que Menger aunó fuerzas intelectuales en torno a sí y a su modo de entender la ciencia económica. Se reconocen hasta tres generaciones diferentes de economistas austríacos: Eugen von Böhm-Bawerk y Friedrich von Wieser de la primera, Ludwig von Mises y Joseph Schumpeter de la segunda, y Friedrich von Hayek y Fritz Machlup, entre otros, pertenecientes a la tercera. En la actualidad contamos con Ludwig Lachman, Israel Kirzner, Murray Rothbard y Mario Rizzo, entre otros, como sus representantes más destacados.

Entre los seguidores de Menger de primera hora, Böhm-Bawerk es el más prolífico y el más propagandístico. Es también el menos filosófico: en su discurso no tiene cabida ningún "esencialismo" ("formas" y "tipos") ni "teleología" ("causas"). La economía para él es inconfundiblemente objeto de una "ciencia natural" (Naturwissenschaften). Von Wieser, por su parte, tampoco admite "esencialismo" alguno, ni una versión "teleológica" de la causalidad. En lo poco que ha escrito acerca de la metodología, está claro que la economía es materia de una "ciencia del espíritu" (Geisteswissenschaften) -una suerte de "psicología aplicada" cuyo procedimiento es la introspección-. Además de abandonar el "esencialismo", tanto Böhm-Bawerk como von Wieser introducen elementos objetivos en la teoría del valor. Prácticamente, aparte del "individualismo metodológico" y el rechazo del historicismo de la Escuela Alemana, no hay nada más que justifique la inclusión de estos autores en una "Escuela Austríaca" independiente.

Igualmente controvertida es la pertenencia de Menger al grupo pionero de un supuesto "movimiento marginalista", junto con el inglés Stanley Jevons (*The Theory of Political Economy*, 1871) y el francés Léon Walras (*Éléments d'économie politique pure*, 1874). Tra-

bajando cada uno por su lado, descubren que el valor de los bienes económicos no se basa en algo objetivo, como el coste de producción, sino en un elemento subjetivo -las necesidades humanas que configuran la demanda-. Emplean asimismo el "principio de utilidad marginal decreciente" como clave para realizar sus cálculos económicos. Este principio relaciona la importancia de los bienes económicos para cada consumidor individual con la importancia de los posibles usos alternativos de esos bienes según un plan que dicho consumidor ya ha establecido previamente. Al adquirir o consumir unidades sucesivas de un bien sin lapsos importantes de tiempo, cualquier persona derivará de cada unidad menor "utilidad", "placer", "gratificación", "satisfacción", "beneficio" u "ofelinidad" que la unidad inmediatamente precedente. Un comportamiento racional en lo económico es, por definición, el que se conforma con este principio deliberativo o calculador.

Por lo que a sus diferencias se refiere, diríamos que Menger propone una versión antropológica del marginalismo, Walras, una matemática, y Jevons, una física. Como Menger es, de formación, abogado y jurista, carece del conocimiento matemático formal que posee Walras, aunque es admirador de la

exactitud y la precisión de las matemáticas, las cuales desea reflejar, de algún modo, en sus exposiciones puramente verbales. Para Walras, la ciencia económica, al igual que las matemáticas, versa sobre cantidades independientes: por tanto, las leyes de intercambio económico se expresan adecuadamente con ecuaciones matemáticas. Para Menger, en cambio, la ciencia económica no investiga propiamente cantidades independientes sino la “esencia” (he aquí muestras de su “aristotelismo”) del valor, de las rentas, de los beneficios, de la división del trabajo y demás fenómenos económicos. Las ecuaciones matemáticas no pueden agotar la “esencia” de tales fenómenos requiriendo, por consiguiente, el complemento de un momento resolutivo o compositivo posterior. La ciencia económica construye un “sistema” a partir de elementos como los bienes, las necesidades y las satisfacciones -ninguno de los cuales existe independientemente de las decisiones humanas individuales-. Walras insiste mucho en la noción de “equilibrio”, sobre todo, de un “equilibrio general” que afecta todos los mercados de bienes y servicios; mas por importante que parezca este concepto, resulta que está ausente tanto en Menger como en Jevons. Para Jevons, la teoría económica que ha dado lugar al marginalismo es el resultado de una analogía con las fuerzas

mecánicas de la física moderna. En definitiva, así como para Walras y Jevons, el hombre es para las cuestiones económicas un calculador instantáneo de placeres, para Menger, es una criatura errante, mal-informado, plagado de dudas e incapaz de decisiones finamente calibradas -mucho menos, infalibles- en la búsqueda de satisfacciones.

Con independencia de la falta de acuerdo sobre puntos tan esenciales, lo cierto es que estos autores del marginalismo han efectuado una rebelión microeconómica eficaz contra las doctrinas ricardianas. También han impulsado otras corrientes de investigación económica, como la que se centra en la utilidad marginal en Inglaterra y América, el subjetivismo en Austria y la que analiza el “equilibrio general” en Suiza e Italia. En conjunto han preparado el camino para el neo-clasicismo económico, cuya figura más sobresaliente es Alfred Marshall. La contribución más propia de Menger al neo-clasicismo, más que la formulación de un principio marginalista omniabarcante, es la propuesta del individuo -el que más tarde se llamaría el “homo oeconomicus”- como el centro y el origen de todas las decisiones y actividades económicas. El valor es algo subjetivo y psicológicamente determinado. El individuo -que es, ante todo, un consumidor- se da cuenta de

una necesidad, descubre un objeto con la propiedad de satisfacer esa necesidad y ejerce control sobre dicho objeto, sirviéndose de él.

III. DESARROLLOS Y SINTESIS CONTEMPORANEOS

En virtud de todo lo que llevamos dicho hasta ahora, parece ser que von Schmoller mismo contemplaba una cierta evolución en el objeto y en el procedimiento de su disciplina, desde una primera fase más histórica e inductiva, al estilo de la "Economía Política Alemana", hasta una fase posterior más atemporal, analítica y deductiva, a guisa de una "Ciencia Económica". Otro asunto es que él efectivamente llegara a esta segunda fase, y no se quedara a mitad del camino, como de hecho sucedió. En la misma línea interpretativa, resulta que Menger no adoptaba tampoco una postura tan "antihistórica" como una "antihistoricista" -sobre todo, por lo que se refiere al historicismo que reconducía todo, como a su culmen, hacia los fenómenos socio-culturales alemanes-. Por muy "universalista" y analítico-deductivo que Menger pretendiera ser en sus estudios, a diferencia de Böhm-Bawerk y von Wieser que luego configuraron la Escuela Austríaca, él siempre mantenía la

primacía del sujeto individual que, con su actividad económica, buscaba satisfacer unas necesidades determinadas, siempre de un modo peculiar. Igualmente, Menger se aleja de los otros pioneros del "movimiento marginalista" precisamente por suponer una "esencia" o una "naturaleza" -sujeto de necesidades- que es humana: la ciencia económica nunca puede reducirse, sin más, a un cálculo matemático (Walras) ni a un equilibrio de fuerzas mecánicas (Jevons).

Una comparación entre las enseñanzas fundamentales de Menger y de la Escuela Neoclásica revela, junto a algunos puntos de acuerdo, unas cuantas discrepancias serias. Menger y los neoclásicos concuerdan en la validez universal del principio de utilidad marginal decreciente como estructura principal de la racionalidad económica; pero por lo que se refiere al papel del tiempo, de la información y del riesgo, tienen opiniones divergentes. Para Menger, la consideración del tiempo y del espacio en la actividad económica es esencial; para los neoclásicos, no pasa de ser periférico. Para Menger el agente económico nunca funciona con una información completa, y por tanto, la incertidumbre y el riesgo son intrínsecos a sus acciones; para los neoclásicos, se supone que dispone de una información com-

pleta en un contexto estático, y por tanto, no hay incertidumbre ni riesgo en sus acciones. Por eso mismo, cabe hablar en Menger, a pesar de su individualismo, de ciertos elementos “institucionalistas”; o sea, de doctrinas reaccionarias al neoclasicismo. Citamos, a modo de ejemplo, su énfasis en la posibilidad de elecciones equivocadas y en la influencia de las pasiones en esas elecciones, en la preocupación por el desarrollo de las necesidades humanas y su comprensión de la irreducibilidad de éstas, en el cambio de preferencias de los consumidores, etc. Dicho de otra forma, Menger jamás había perdido del todo el componente de *verstehen* (comprensión), la captación de la “totalidad”, en la ciencia económica; más aún, reconoce que sólo es posible el *erklären* (entendimiento), la atención al detalle, si se tiene en cuenta un contexto mayor, una visión del conjunto.

Pasamos ahora a hablar de los desarrollos posteriores, así como algunos intentos de síntesis de las dos tradiciones principales en la ciencia económica centroeuropea, la Escuela Histórica Alemana y la Escuela Austríaca. A causa de la distancia temporal con los momentos originarios y fundacionales de éstas, necesariamente, se han introducido no pocas modificaciones sobre ellas. Tengamos en

cuenta, ante todo, las dos guerras mundiales que afectaron con especial virulencia esta parte del continente europeo, el fenómeno del nacional socialismo, la humillación alemana y su posterior reconstrucción y despegue hasta ocupar un puesto hegemónico en el mundo. Era inevitable que todos estos sucesos históricos condicionaran el modo peculiar en que se pensó y se realizó la economía en este ámbito geográfico y cultural.

1. Ludwig von Mises y Friedrich Augustus von Hayek

A finales de los años 30 y a comienzos de la década de los 40 hubo una revitalización de la Escuela Austríaca en los Estados Unidos, el artífice principal de la cual era Ludwig von Mises. Antiguo profesor de la Universidad de Viena y del Instituto Superior de Estudios Internacionales (*Graduate Institute of International Studies*) de Ginebra, emigró a los Estados Unidos y ocupó una cátedra de economía en la Universidad de Nueva York, desde el 1945 hasta su jubilación en 1969. Aparte de ser “distinguished fellow” de la Asociación de Economistas Americanos, también era miembro fundador de la Sociedad *Mont Pelerin*, una asociación internacional de economistas liberales

de la post-guerra. Se cuentan entre sus obras más importantes *Epistemological Problems of Economics* (1933), *Human Action. A Treatise on Economics* (1940) y *The Ultimate Foundation of Economic Science: An Essay on Method* (1962). Mediante estos escritos consumió la ruptura doctrinal de los “nuevos austríacos” con la corriente neoclásica dominante. Rechazó por completo la estadística aplicada a la economía o la econometría, su utilización para la predicción y la planificación de la economía y la teoría del equilibrio general. En su lugar, recalcó la importancia del agente económico -fundamentalmente, el empresario-verdadero motor de la competencia, que al lanzarse sobre oportunidades lucrativas va creando situaciones de “equilibrio parcial”.

Epistemological Problems of Economics constituye la parte crítica, el prolegómeno imprescindible para la exposición de su “praxeología” o “ciencia de la acción humana”, contenida en *Human Action. A Treatise on Economics*. Su pensamiento se caracteriza como una radicalización del apriorismo y del individualismo o subjetivismo metodológico ya presentes en Menger.

Primero, Mises arremete contra el historicismo o toda aplicación del método histórico a las ciencias humanas. En este amplio apartado

incluye el institucionalismo, el marxismo, el fabianismo y cualquier aproximación “naturalista” (i.e., cortada según el patrón de las ciencias empíricas) a las acciones humanas. Niega la posibilidad de que pueda derivarse *a posteriori* o inductivamente a partir de la experiencia histórica, unas leyes de la historia en general, o unas leyes de algún fenómeno histórico como la acción económica en particular. Por la “econometría” no entiende otra cosa que la indagación o la descripción histórica de fenómenos históricos mediante números. De semejante procedimiento no puede originarse ninguna teoría o generalización válida alguna. Más aún, argumenta convincentemente que ni siquiera puede recabarse dato histórico alguno sin que se halle operante una teoría de la acción, la cual, con mayor razón tiene que ser *a priori*.

La “praxeología” es precisamente la ciencia pura *a priori* acerca de la acción humana en general. (La economía -que para Mises es sinónimo de la sociología- no es más que su rama más desarrollada.) Estudia las leyes universalmente válidas de la acción humana; es decir, las que vigen con independencia del lugar, tiempo, raza, nacionalidad o clase social del actor. Es una “lógica de la acción”: considera lo esencial, y mediante un método

formal y axiomático, llega a una comprensión de lo universal en las actividades humanas. En este sentido, adopta una postura contraria a la de la Escuela Histórica Alemana, así como a la de Windelband, Rickert y Weber para quienes -según la interpretación de Mises- la economía y la sociología no dejan de ser una suerte de "historia": una generalización o resumen de los rasgos más sobresalientes de actores individuales y sus actividades espacio-temporalmente contextualizadas.

Entre las tesis sustantivas de su "praxeología" encontramos, en primer término, la subsumción plena de la acción racional a la acción económica; o dicho de otra forma, la identificación de cualquier tipo de racionalidad con la racionalidad económica. No hay más acción -intento de salir del descontento- que la racional; y no hay más acción racional que la económica -aquella que, entre las múltiples alternativas, elige la solución más satisfactoria-. El objeto último sobre el cual depende la satisfacción del agente -los valores, los fines o los bienes- se encuentran más allá de la racionalidad (aquí coincidiría, curiosamente, con Weber y con Knight). Ya no es cuestión de la economía ni de la praxeología sino de la opción individual. En definitiva, el mundo social, con sus eventos e instituciones, por muy

complejo que pueda parecer, no es más que el resultado de las acciones de individuos, que son sus últimos constituyentes. La acción económica es una acción individual: esta es su segunda gran tesis. Finalmente, con respecto a estos fines, bienes o valores, vige la "catalaxia": un proceso de libre elección, iniciativa, competencia e intercambio; la absolutización del mercado junto con una ingente dosis de optimismo. La catalaxia explica, entre otras cosas, la formación de los precios. Esta es la base de la crítica de Mises al socialismo (Socialism: *An Economic and Sociological Analysis*, 1922). Una sociedad socialista nunca realizará una asignación racional de recursos por falta de un sistema adecuado para la determinación de precios. Obra bajo el supuesto falaz de un "conocimiento perfecto" (i.e., completo y exacto) y de un modelo estático de equilibrio general de las fuerzas del mercado (o sea, ignora el cambio, incluso los lapsos de tiempo entre la recogida de información, la formulación de una política económica concreta y su implementación) para la distribución de recursos. Participan en este singular debate, a favor del cálculo socialista, Taylor, Dickinson, Lange y Lerner, invocando la autoridad de predecesores como Walras y Marshall; mientras que como defensores del libre mercado, están Mises, Robbins y Hayek.

El también vienés Friedrich Augustus von Hayek, doctor en derecho y en estudios políticos, es el que le ha cogido el relevo a Mises, por lo que a la propagación de las ideas austríacas en la economía se refiere. Participó en el *Privatseminar* de Mises, junto con personajes tan insignes como Gottfried von Haberler, Fritz Machlup, Oscar Morgensten y Carl Menger, *junior* en la economía, Alfred Schütz en la sociología y Eric Voeglin en la filosofía política, entre otros. Al conseguir su título en leyes, trabajó con Mises en la Oficina Austríaca de Compensación de las deudas anteriores a la guerra; y tras una estancia académica en Nueva York donde conoció a economistas norteamericanos como Jeremiah Jenkins, Wesley Mitchell y John Bates Clark, volvió a estar con su maestro en el recién fundado Instituto Austríaco para la Investigación de los Ciclos Empresariales (*Austrian Institute for Business Cycle Research*). La invitación para dictar unas conferencias en la *London School of Economics* por parte de su director, Lionel Robbins, como réplica al *Treatise on Money* de J.M. Keynes, se amplió al desempeño de un puesto docente fijo. De aquella época es su obra *Prices and Production*, donde defiende tesis monetaristas contrarias a la intervención estatal, así como sus críticas al socialismo, *Collectivist Economic Planning: Critical Studies on the Possibilities of*

Socialism, The Counter-Revolution of Science y Individualism and Economic Order. Vuelve a cruzar el atlántico para ocupar una cátedra de ciencias morales y sociales en la Universidad de Chicago en 1950. En 1960 publica su *magnum opus* titulado *The Constitution of Liberty*, una formulación magistral del liberalismo moderno. En 1962 se hace cargo de la cátedra de Política

Económica en la Universidad de Freiburg en Breisgau, Alemania, y en 1968 retorna a Austria, esta vez a la Universidad de Salzburgo, donde permanece hasta su jubilación en 1977. Allí es donde escribe *Law, Legislation Liberty* en 1973. En 1974 gana el premio Nobel de economía *ex aequo* con el sueco Gunnar Myrdal.

La obra hayekiana es tan vasta como es densa. El *Festschrift* que le ha dedicado la *Hoover Institution* de la Universidad de Stanford con ocasión de su 85 aniversario divide su producción intelectual en cinco apartados: la economía hayekiana, su refutación del socialismo, su contribución a la historia de las ideas, las bases teóricas de su sistema y su economía política (Chiaki Nishiyama & Kurt R. Leube, eds., *The Essence of Hayek*, Stanford: *Hoover Institution Press*, 1984). Sería suficiente para nuestros propósitos considerar tres aspectos de su pensamiento: su economía (por

qué existen y cómo funcionan los mercados, los efectos perniciosos de la intervención estatal en asuntos monetarios y crediticios, etc.), su política (su interpretación y defensa del liberalismo) y las bases epistemológicas de ambas.

Cuando sale a la luz la obra *Economics and Knowledge* en 1937, se detecta un distanciamiento entre Hayek y Mises. Hayek critica que la praxeología de Mises sea una disciplina absolutamente *a priori*, una pura lógica de la elección, mientras que el mismo proceso de intercambio en el mercado que regula sea, por contra, algo empírico. Hayek propone, más bien, una síntesis metodológica de lo *a priori* y lo *a posteriori*. Según su versión del conocimiento sensible, sólo podemos conocer el mundo exterior a nosotros gracias a algunos presupuestos *a priori*, necesariamente verdaderos. No obstante, estos presupuestos son, a su vez, el resultado de experiencias pasadas, las reproducciones genéricas de nuestras relaciones con varios elementos del mundo circundante (i.e., *a posteriori*). Ni lo *a priori* ni lo *a posteriori*, por tanto, significa ya lo mismo que significaba para Kant, Menger o Mises. Para Hayek, parte de nuestro conocimiento es verdadero *a priori*, en la medida en que no está sometido a las nuevas experiencias sino que es,

más bien, la condición necesaria para hacer esa experiencia posible. En cuanto basado en experiencias pasadas (o sea, *a posteriori*), este conocimiento puede transmitirse culturalmente entre nosotros, por ejemplo, mediante la institución familiar. Cada uno de nosotros luego se da cuenta de la validez de estos conocimientos mediante nuevas experiencias personales, es decir, *a posteriori*. Por lo tocante al rechazo de las funciones matemáticas en la economía, Hayek se limita a reafirmar lo ya dicho por Mises. Perfil mejor el individualismo metodológico común a toda la Escuela Austríaca porque distingue entre la versión racionalista y continental que da lugar al socialismo (e.g. los enciclopedistas, Rousseau, los fisiócratas) y la versión antirracionalista y británica que da origen al liberalismo (e.g. Locke, Mandeville, Hume, Ferguson, Smith, Burke, Tocqueville y Acton). Se alía claramente con esta segunda tradición. No es que hubieran existido alguna vez individuos aislados y autosuficientes; sólo existen de hecho hombres cuya naturaleza está determinada por la sociedad. Simplemente defiende que en las ciencias sociales hayamos de empezar con las actitudes individuales y no con una supuesta actitud del grupo como tal, independiente de las anteriores y de sus interacciones. Aun en el caso de que existiera, ese sentir común del

grupo como tal, sería tremendamente complicado e inabarcable para un solo individuo, máxime si se tiene en cuenta su carácter dinámico. En conclusión, el conocimiento que podemos alcanzar de la realidad social siempre será incompleto, inexacto e imperfecto.

Entre las categorías *a priori* para la experiencia moderna está la del orden. Los griegos antiguos discernían entre un orden natural, espontáneo y evolutivo, *physis*, y un orden artificial, convencional, deliberado y constructivista, *nomos* o *thesis*. De algún modo, hemos recogido estas dos nociones bajo la forma de *cosmos* y de *taxis* respectivamente. El gran error del socialismo -que comparte por igual la Escuela Histórica Alemana y el Institucionalismo- está en hacer depender el ámbito moral y político de *taxis* y no de *cosmos*, de un diseño deliberado y no de un proceso evolutivo natural. Asimismo, la economía *strictu sensu* se configura según *taxis*; es decir, una organización deliberada de un acervo de recursos al servicio de una jerarquía unitaria de fines. Mas el mercado funciona según *cosmos*, o sea, un orden espontáneo que surge de la interacción de sus agentes. La catalaxia -etimológicamente, "trueque" o "intercambio", "admitir en la comunidad", "convertir el enemigo en amigo"- es una especie de *cosmos*. El orden

que genera la catalaxia no depende de ningún acto deliberado o consciente, ni de ninguna unidad de fines.

La catalaxia sólo florece en un régimen de gobierno liberal (no totalitario) y democrático (no autoritario). Le perjudica tanto una democracia absoluta como un liberalismo decimonónico; precisa de límites. El marco más apropiado para el funcionamiento de la catalaxia es el "estado de derecho" (ninguna voluntad individual arbitraria por encima de la ley), que a su vez está posibilitado por la separación de los poderes -el ejecutivo, el legislativo y el judicial- que se regulan mutuamente en el gobierno. En materia económica, el papel del gobierno se reduce a utilizar su poder coercitivo para preservar el orden natural del mercado y para salvaguardar la competición necesaria para su eficiencia. Además de estas condiciones, Hayek suele mentar la adhesión a unos "principios generales" aunque nunca especifica el contenido de éstos. En realidad, según sus presupuestos epistemológicos, parece como si tales principios no permitieran especificación alguna, o cualquier especificación iría en contra del espíritu liberal que pretenden asegurar.

2. La “Economía Social del Mercado” (Soziale Marktwirtschaft)

Bajo la denominación de la “Economía Social del Mercado” incluimos los movimientos socioeconómicos y políticos neo-liberales u ordo-liberales, la Escuela de Freiburg y la Escuela de Colonia. Su órgano oficial, el “Anuario *Ordo*”, comienza a publicarse en 1948. Por el epíteto “ordo” no debe entenderse ni exclusiva ni predominantemente un orden formal, jurídico-legal y estatal, sino ante todo, un orden vital en la comunidad que abarca desde la familia hasta el estado.

Los antecedentes más directos de la “Economía Social del Mercado” se encuentran en el “socialismo liberal” de F. Oppenheimer, sociólogo de la Escuela de Frankfurt y en la “sociedad formada”, o sea, la aplicación de la “teoría de la forma” (*Gestaltlehre*) a la realidad socioeconómica por W. Vershofen. El núcleo originario de la “Economía Social del Mercado” está constituido por Walter Eucken, Franz Böhm, Wilhelm Röpke y Alexander Rüstow; en un segundo momento se les unen Alfred Müller-Armack y Friedrich Lutz. No obstante, su figura más conocida sin duda es Ludwig Erhard, ministro de economía de la República Federal Alemana en el período de la

reconstrucción desde el 1948 hasta el 1963, y Canciller Federal desde el 1963 hasta el 1966. Recoge, por asimilación, entre sus “textos canónicos” (Horst Friedrich Wünsche, ed., *Standard Texts on Social Market Economy*, Stuttgart/New York, Gustav Fischer, 1982) los escritos de A. Smith, J.B. Say, A. Ferguson, J.H. von Thünen, H.H. Gossen, L. von Wiese, L. von Mises y F.A. von Hayek.

Walter Eucken comienza su libro *Die Grundlagen der Nationalökonomie* (“Cuestiones Fundamentales de la Economía Política”) con una crítica dirigida, por una parte, a la Escuela Histórica Alemana, y por otra, a la Escuela Austríaca o “Escuela Teórica” (sic). La primera ha decaído en una “atomización” de la realidad social, de modo que sólo ve una multitud de hechos individuales, de formas y procesos cambiantes, pero sin percibir relación alguna entre ellos. La segunda adolece de un “racionalismo”, y por preocuparse en demasía por sus construcciones conceptuales, pierde de vista la vida en toda su riqueza y variedad. Eucken, por su parte, aboga por una “economía real, auténtica y viva”, capaz de aprehender la variedad histórica gracias, precisamente, a la unidad que un sistema teórico le dota. Como la quemazón producida por el *Methodenstreit* en los economistas aún está lo suficientemente

viva, Eucken reduce a un mínimo sus reflexiones metodológicas. De hecho, no pasan de ser una mera declaración de principios o de buenos deseos.

En el Manifiesto *Ordo* de 1936, la influencia de Schmoller y de la Escuela Histórica es patente. Apela al “razonamiento científico” tal como aparece en la jurisprudencia y en la economía política para reorganizar y construir el sistema económico. Este sistema económico ha de entenderse como una decisión política general sobre cómo la vida económica de la nación debe estructurarse. Reconoce la interdependencia entre los órdenes económico, político-legal y cultural; únicamente pide que entre ellos se establezcan las barreras necesarias contra el surgir del totalitarismo en cualquiera de sus formas (la ideologización de la economía, el intervencionismo estatal, el monopolio, la planificación central de la producción, la pretensión a un conocimiento perfecto y exhaustivo acerca de los elementos del mercado y, por consiguiente, sobre los precios etc.). Alejándose del planteamiento de Schmoller, no obstante, se rebela contra toda suerte de fatalismo histórico, así como de una actitud relativista no-comprometida. La ciencia económica es una ciencia moral cuya condición posibilitante es la libertad de los agentes indi-

viduales. En este sentido, se acerca un poco a las ideas de la Escuela Austríaca, aunque sin caer en la absolutización e idolatría del mercado, y menos todavía, en la creencia de que dicha situación sea la única en la que cabe la libertad personal.

Históricamente, podemos distinguir en la Economía Social del Mercado un período inicial propio de una Alemania todavía muy herida por sus experiencias bajo el régimen totalitario del nacional socialismo, humillada por su derrota en la Segunda Guerra Mundial, preocupada por cuestiones de subsistencia económica, y otro posterior, cuando terminada ya la época de la reconstrucción se encamina hacia una posición de liderazgo entre las naciones. Es comprensible, por tanto, que durante el primer momento el énfasis recaiga sobre la garantía de la libertad, como medio necesario para alcanzar el bienestar, mientras que en el segundo se hable más de un bienestar ya consolidado, desde el cual, no obstante, aún puede perfeccionarse la libertad ya conquistada.

Como cabe esperar de la primera época antes descrita, Eucken realiza el siguiente alegato a favor de la libertad como “meta final” de la Economía Social del Mercado: Privado de la libertad -la posibilidad de una

acción espontánea- el hombre no es un “ser humano”. En la base de toda moralidad está la libertad de tener deseos y de actuar sobre ellos, de hacer opciones y de tomar decisiones. Sólo una persona libre que cavila por su cuenta es capaz de acercarse a la verdad. Y sólo una persona que, haciendo uso de su libertad (la cual es un don de Dios) conoce la verdad, es capaz de desarrollo. Su “liberalismo” se manifiesta en que cita como único límite a la libertad individual, el respeto por las libertades y los derechos ajenos.

La formulación teórica de los objetivos de la Economía Social del Mercado en su segunda fase corre a cargo de Erhard y de Müller-Armack, los cuales anuncian un “bienestar para todos”. Su noción de bienestar, sin embargo, es peculiar en que no es igualitaria: no se trata de que el estado re-distribuya por igual entre los ciudadanos los bienes básicos; sino que es humana y “moral”. Se confía en la iniciativa individual, se respeta el mecanismo del mercado y se fomenta la acción social solidaria y de voluntariado; la acción estatal se plantea como puramente subsidiaria a la de las otras instituciones.

Independientemente de que se ponga el acento en la libertad o en el bienestar, lo cierto es que una condición necesaria para conseguir

ambos es la existencia de un mercado libre. En el nivel específico de las relaciones internacionales, habría que tener una voluntad política inambigua hacia la autonomía del banco emisor con respecto al estado en su función de regular las actividades monetarias, financieras y crediticias del país. Se ha de promocionar la competencia entre los agentes económicos, evitando la formación de monopolios, carteles y la dispensación de tratos de favor por parte del gobierno. Se ha de respetar la propiedad privada de los medios de producción así como la libertad de las partes que entran en contrato. Pero a diferencia del liberalismo decimonónico así como de la catalaxia de Mises y Hayek, desconfía de la realización espontánea, “evolutiva”, de un orden natural en la economía. Una Economía Social del Mercado es un sistema de libre mercado mundial conscientemente pensado, deliberado y diseñado. Se fundamenta en el principio de que la mejor coordinación de los intereses económicos consiste en una libre competencia en el mercado; mas en una “libre competencia” distinta del *laissez faire*. Esta diferencia se ve en que atiende a un marco antropológico-sociológico; es decir, guarda las exigencias de la opción individual y de la justicia social. Rüstow y Röpke incluso se atreven a hablar de una “intervención liberal” que distingue entre subsidios para el manteni-

miento y las ayudas para la adaptación, entre las medidas oficiales en conformidad con el mercado y las que no lo están; a la vez que se interesa por la distribución de rentas y de propiedades, del tamaño de las empresas y del equilibrio entre la ciudad y el campo, la industria y la agricultura, y entre las clases sociales.

3. La “Economía Ética” (Ethischen Ökonomie) de Peter Koslowski

En la actualidad ha habido muchos intentos de síntesis ético-económico-políticas, como el de Amartya Sen (*On Ethics and Economics*, Oxford: Blackwell, 1987) con elementos de la economía del bienestar, de la economía positiva y de una ética al menos filoaristotélica, y la socioeconomía de Amitai Etzioni (*The Moral Dimension: Towards a New Economics*, New York: The Free Press, 1991), sobre la base de presupuestos kantianos. Dentro de la tradición alemana, la versión que mayor interés ha suscitado tanto entre filósofos como entre economistas probablemente sea la “Economía Ética” (*Prinzipien der Ethischen Ökonomie. Grundlegung der Wirtschaft und der Ökonomie bezogenen Ethik*, Tübingen: J.C.B. Mohr, 1988; “*Ethical Economy as Synthesis of*

Economic and Ethical Theory” en *Ethics in Economics, Business and Economic Policy*, Berlin: Springer Verlag, 1991) desarrollada por Peter Koslowski desde su Instituto en Hannover.

Koslowski parte de una definición de la teoría económica como aquella que trata de la asignación de recursos escasos y con usos alternativos a unos fines previamente dados. La teoría ética, por otra parte, estudia cuáles de entre los fines individuales y sociales son racionalmente justificables. La ética es relevante para la economía en la medida en que le proporciona los fines y las preferencias tanto individuales como sociales, al igual que una valoración de los medios o las acciones para alcanzarlos. En sentido inverso, la ética es relativa a la economía en cuanto que sean cuáles sean estos fines, siempre tendrán una dimensión política, cultural e histórica.

La Economía Ética precisa tanto de una parte positiva, no-normativa y cultural como de otra parte normativa, prescriptiva y universal. Koslowski deriva su inspiración para la primera parte de la *Volkswirtschaftslehre* (“Economía Política” o “Economía de la Nación”) de Gustav von Schmoller. Sin ella, la economía pierde su integración sociocultural y se limita a ser, simplemente, una “ciencia económica” ascética. Esta segunda se contenta

con estudiar sin más las relaciones entre los precios y las cantidades de bienes disponibles en el mercado, ignorando las motivaciones y las razones ético-culturales que también condicionan la formación de dichos precios. Una teoría adecuada de precios necesariamente exige su correspondiente teoría de valores; mientras que la primera pueda ser una mera función de la oferta y la demanda, la segunda es, a la fuerza, ético-cultural. (Por ejemplo, la caída del precio del azúcar provoca un aumento en su consumo en Inglaterra, pero no así en Alemania, debido a hábitos alimenticios distintos en los dos países.) En la descripción de la economía positiva es menester prestar una atención esmerada a dos grupos de factores, a saber, las condiciones naturales y técnicas y las causas psicológico-éticas. En este punto, Koslowski realiza no sólo una crítica sino que también propone una superación de los planteamientos marxista y austríaco. Los marxistas caen en el determinismo económico al considerar exclusivamente las condiciones naturales y técnicas; los austríacos elaboran una teoría económica "pura" y "angelical" por olvidarse de los desarrollos históricos.

Koslowski sorteja el peligro del historicismo al insistir en la importancia de la parte normativa de la Economía Ética. Aunque los fines

y las preferencias son ciertamente individuales, resulta que provienen de un psiquismo que está teleológicamente orientado. Este psiquismo, a su vez, forma parte del género humano y es, por tanto, universal. En consecuencia, cabe deducir -hasta determinado punto- cuáles sean los fines individuales a partir de una concepción de la naturaleza humana.

La parte normativa de la Economía Ética se subdivide ulteriormente en un componente formal y en otro material. Su aspecto formal se refiere a la coordinación de las elecciones y preferencias individuales razonables hasta llegar a un consenso social generalizado. El mecanismo que propone para llegar a dicho consenso no es otro que el imperativo categórico kantiano: "Obra de tal forma que la máxima de tu acción pueda elevarse en regla general para todos los seres racionales y libres." El aspecto material de la Economía Ética se encarga de remediar las dificultades de la fórmula kantiana al tratar de una *recta* formación de fines y preferencias en el contexto de la acción económica. Admite la distinción entre bienes económicos (escasos, con usos alternativos y esencialmente mediales o instrumentales) y bienes éticos (queridos en sí mismos y por sí mismos, compartibles sin que

disminuyan en “tamaño” ni en “intensidad”); al tiempo que defiende la primacía jerárquica de los segundos sobre los primeros. Con respecto a ambos tipos de bienes, Koslowski previene contra el engaño del cálculo maximalista por la incompletud de la información sobre el mercado de la que actualmente cualquiera puede disponerse, por la falta de certeza acerca del futuro, por el desconocimiento sobre las preferencias subjetivas legítimas de los agentes económicos y por la inconmensurabilidad de dichos bienes.

LA ECONOMIA COMO CIENCIA SOCIAL

El gran logro de la Filosofía de la Economía en el ámbito austro-germánico ha sido la comprensión de la economía como una ciencia social; o al menos, el haber facilitado la discusión para su establecimiento como tal. Ciertamente, el propio *status* de una “ciencia social” -que abarca no sólo la economía, sino también la historia, la política, la sociología, e incluso, en algunos aspectos, la psicología y la ética- conlleva serias dificultades con respecto a la definición de su objeto y su método de investigación. Mas el alejamiento que tal planteamiento supone de un modelo físico-mate-

mático de la ciencia ya es, en sí mismo, un gran acierto.

El mayor peligro para la perspectiva austro-germánica en la ciencia económica es el del relativismo. El afirmar que la validez de cualquier teoría económica está en función del sujeto individual que la formula (su estado psicológico), del lugar que ocupa en el entramado social (la clase o el estamento al que pertenece), del período histórico en el que vive, de la cultura (ethos) en la cual habita, etc. mina la verdad científica en sus mismos fundamentos. Se pierden las notas esenciales de la “necesidad” y de la “universalidad”; la comunicación intersubjetiva se vuelve imposible.

Justamente por ello es menester apelar -también en el caso de la ciencia económica- a una base antropológica común. Este es precisamente el hueco que pensadores como Menger y Mises intentan cubrir, cada cual con su versión del *homo oeconomicus*, y corolariamente, con un modelo de la “racionalidad económica”. El psiquismo individual, racional y libre, que elige, decide y actúa, resulta que es “humano”; o sea, que participa de un “género” o una “naturaleza”. La naturaleza no es sólo un “principio de operaciones” sino también una “comunidad de fines”. Sólo con el recurso a una antropología adecuada que

estudie la constitución, la eficiencia y la teleología del ser humano conseguiríamos una fundamentación acabada, verdaderamente “filosófica” -allende de lo que la sociología y la historia puedan ofrecer- de la ciencia económica.

BIBLIOGRAFIA

Además de las obras ya citadas en el texto, también se han consultado los siguientes fuentes, comentarios, monografías y recopilaciones:

ALTER, Max. Carl Menger and the Origins of Austrian Economics. Boulder, Colorado: Westview Press, 1990.

BACKHAUS, Jürgen, SHIONOYA, Yuichi, SCHEFOLD, Bertram. Gustav von Schmoller's Lebenswerk: eine kritische Analyse aus moderner Sicht. Düsseldorf: Wirtschaft und Finanzen, 1989.

BLAUG, Mark (ed.). Gustav von Schmoller (1838-1917) and Werner Sombart (1863-1941) (Pioneers in Economics Series). Aldershot: Edward Elgar Publishing Ltd., 1992.

Carl Menger (1840-1921) (Pioneers in Economics Series). Aldershot: Edward Elgar Publishing Ltd., 1992.

Harold Hortelling, Lionel Robbins, Clark Warburton, John Bates Clark, Ludwig von Mises (Pioneers in Economics Series). Aldershot: Edward Elgar Publishing Ltd., 1992.

Irving Fisher, Arthur Hadley, Ragnar Frisch, Friedrich von Hayek, Allyn Young, Ugo Mazzola (Pioneers in Economics Series). Aldershot: Edward Elgar Publishing Ltd., 1992.

CALDWELL, Bruce. “Carl Menger and His Legacy in Economics”, History of Political Economy, suppl. vol 22. Durham, North Carolina: Duke University Press, 1990.

ERHARD, Ludwig. Economía Social de Mercado. Su valor permanente (Colección *Empresa y Humanismo*, n° 8). Madrid: Rialp, 1994.

Bienestar para todos (Wohlstand für alle). Madrid: Unión Editorial, 1989.

EUCKEN, Walter. Cuestiones Fundamentales de la Economía Política (*Die Grundlagen der Nationalökonomie*). Madrid: Alianza, 1967.

HAYEK, Friedrich Augustus von, HICKS, John Richard, KIRZNER, Israel M. Carl Menger wegweisendes Werk. Düsseldorf: Wirtschaft und Finanzen, 1990.

HICKS, John Richard, WEBER, Wilhelm. Carl Menger and the Austrian School of Economics. Oxford: Clarendon Press, 1973.

KOSLOWSKI, Peter. Prinzipien der Ethischen Ökonomie. Grundlegung der Wirtschaft und der Ökonomie bezogenen Ethik. Tübingen: J.C.B. Mohr, 1988.

"Ethical Economy as Synthesis of Economic and Ethical Theory", *Ethics in Economics, Business and Economic Policy*. Berlin: Springer Verlag, 1991.

MISES, Ludwig von. *Epistemological Problems of Economics*. Toronto/New York/New Jersey/London: D. van Nostrand C°, Inc., 1960.

NISHIYAMA, Chiaki & LEUBE, Kurt R. (eds.). *The Essence of Hayek*. Stanford: Hoover Institution Press, 1984.

PEACOCK, Alan & WILLGERODT, Hans (eds.). *Germany's Social Market Economy: Origins and Evolution* (Trade Policy Research Center). London: MacMillan Press, 1989.

PHEBY, John. *Methodology and Economics. A Critical Approach*. London: MacMillan Press, 1988.

REALE, Giovanni & ANTISERI, Dario. *Historia del Pensamiento Filosófico y Científico* (vol. III). Barcelona: Herder, 1988.

WUNSCHÉ, Horst Friedrich (editor-in-chief). *Standard Texts on the Social Market Economy*. Stuttgart/New York: Gustav Fischer, 1982.

NOTA BIOGRAFICA

Alejo José Sison es doctor en Filosofía. Ha desempeñado su tarea docente en la Facultad de Filosofía y Letras (Pamplona) y en el Instituto de Estudios Superiores de la Empresa (Barcelona), ambas de la Universidad de Navarra, así como en el *Center for Research and Communication* en Manila, Filipinas. Es investigador del Seminario Permanente *Empresa y Humanismo*. Su campo de interés y estudio se ha centrado en la ética fundamental -especialmente desde las claves proporcionadas por la filosofía clásica griega-, en la ética en el mundo de la empresa, y en las relaciones entre la ética, la economía y la política en la sociedad contemporánea.

Este es su segundo cuaderno en nuestra colección.